

# Darius Koehli y su 'beach photography'

Este fotógrafo suizo enamorado del mar –también es submarinista– ha creado su propio subgénero dentro de la 'street photography'. La playa de San Sebastián (Sitges) es el escenario de su última exposición, en el edificio Miramar, frente al Mediterráneo. Por **Vanessa Graell**

Blanca como una isla griega, Sitges siempre ha fascinado a pintores y escritores. Santiago Rusiñol y Ramon Casas montaban sus locas Fiestas Modernistas en el Cau Ferrat, incluso llegaron a organizar una procesión en las estrechas callejuelas del pueblo para recibir por todo lo alto un cuadro de El Greco. Era el siglo XIX. Y, en el XXI, la antigua Subur romana, escondida entre las costas de Garraf, sigue atrayendo a artistas por esa elegancia estilo Saint Tropez, sus huellas modernistas y esa tranquilidad casi zen que se respira en sus blancas calles.

Si el verano pasado, *The New York Times* declaraba la Playa de San Sebastián como la más bonita de Europa, ahora, esa misma playa protagoniza la exposición *A mar amar* del fotógrafo suizo Darius Koehli. Una muestra que se puede ver hasta el 26 de junio en el edificio Miramar, justo delante de un azulísimo Mediterráneo. Si Koehli se enmarca en la corriente de la *street photography*, sus últimas exposiciones merecen una nueva etiqueta: *beach photography*. Porque sus imágenes constituyen un nuevo género, especializado en el mar, tanto en la superficie como en sus profundidades (Koehli es submarinista y también retrata los fondos marinos).

Aunque la Playa de San Sebastián es la carta de presentación de *A mar amar*, el proyecto es mucho más ambicioso. «Me gustaría desarrollarlo en un

contexto mundial, incluyendo paraísos como la isla de El Hierro y desastres ecológicos, desde el derrame nuclear en Fukushima al vertido de crudo en el golfo de México de hace un año o cómo después de 20 años aún hay restos del desastre que causó el barco de Exxon Valdes en la costa de Alaska», señala Koehli, particularmente concienciado con la conservación de los océanos: hace tres años reunió a un excepcional plantel de fotógrafos para denunciar la contaminación de las aguas en la muestra colectiva *Fish & Foto* en la galería

H2O. «La mitad de la humanidad vive cerca del mar, pero da la espalda a todo lo que vertimos y tapamos en nuestros océanos», lamenta Koehli, que siempre ha vivido cerca del mar (en el Poblenou y, en su Suiza natal, al lado de lagos). Desde hace un año se ha trasladado a Sitges y, en invierno, con esa luz suave y mortecina derramándose sobre el agua, salió a fotografiar la costa.

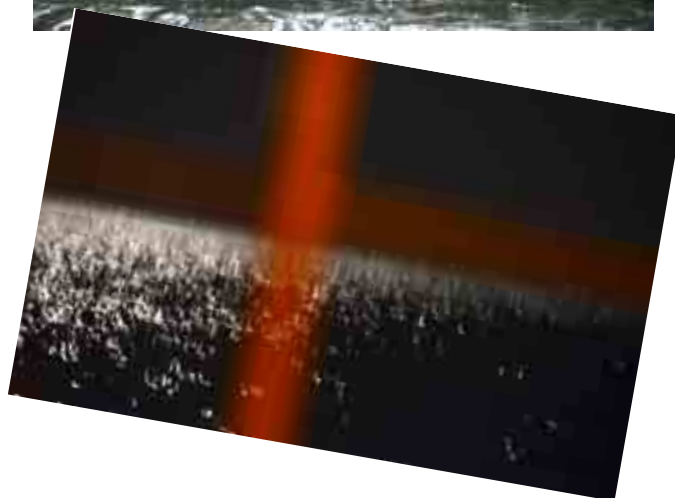
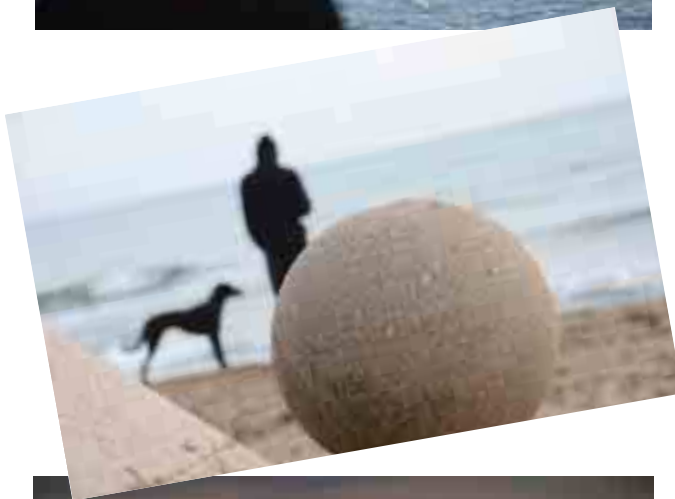
Un boxeador entrenando contra una palmera, un surfista que parece levitar dentro de una bola de nieve, juegos



● Koehli quiere desarrollar una serie sobre playas urbanas y desastres ecológicos en las costas

geométricos (la arquitectura del paseo marítimo recortándose contra las olas), reflejos metálicos –de la barandilla de la orilla– que parecen luces incandescentes sobre el agua, veleros que surcan el Mediterráneo atrapados dentro de una burbuja de jabón, la luz de la luna bailando sobre el mar en calma...

Las imágenes de Koehli oscilan entre la poesía visual, las metáforas e irónicos juegos humorísticos, como la sección dedicada a las mascotas impensables (además de los perros, que en Sitges incluso se sacan a pasear sobre un *skate*): un



Algunas de las imágenes de la playa de San Sebastián (Sitges) que Darius Koehli presenta en la exposición 'A mar amar', en el edificio Miramar.

cerdo vietnamita, un conejo y el pato Boris, al que una pareja de (gays) ingleses paseaba cual perro. Esa mirada irónica era la protagonista de su anterior exposición en la galería Kowasa: *Barcelona Fashion Beach*, estampas surrealistas y pop de la abarrotada Barceloneta.

Pero en sus salidas nocturnas en la playa de Sitges, Koehli se ha dejado llevar por la experimentación para conseguir imágenes que son pura abstracción. La noche fundida en el mar, los reflejos de luces de farolas, destellos inverosímiles... Pero siempre el mar.

EL CHICO QUE GRITABA ACID

## Pilares y carga



MIQUI PUIG

Tengo obsesión por los puentes. Me supera su majestuosidad. Me gusta observarlos de lejos; me gusta verlos de cerca y observar su funcionalidad, su diseño. Admiro a sus constructores capaces de unir con su ingenio partes alejadas pero a la vez cercanas. Cómo son capaces de salvar distancias, desniveles o vencer alturas con precisión. Me gustan todos: funcionales, recargados, sobre todo en metal visto y llenos de tuercas enormes. Los de madera que crujen ante el silencio de la noche y los que se tambalean dejando al descubierto el talante mismo del hombre que los cruza. Como si de repente se erigieran en la máquina de la verdad de nuestros miedos y nervios.

Me gusta cruzarlos, olerlos, dejarlos atrás. Decía Zappa que escribir sobre música era como bailar sobre arquitectura. Certero, visionario, aunque algunas facciones radicales digan que la frase en cuestión la acuñó Elvis Costello. Da igual, me sirve y mucho para hoy. Me sirve para invertirla e intentar contarlos como amo a los puentes. Los musicales. Todo lo dicho antes se podría aplicar, poéticamente y metafóricamente a la parte llamada puente que existe en cierto tipo de canción. Los teóricos aburren, e intentar contagiar algo tan privado, individual y único, es tarea difícil.

El puente musical sirve para desengrasar dos partes distintas: la estrofa y el estribillo. Elemento que puede ser minúsculo, de pocos compases y repetido antes de cada estribillo. Así, minúsculo y funcional, une las dos partes y convierte en un bloque perfecto las tres. No tengo ni idea de quien lo inventó, si fue antes del rock&roll, si era patrimonio de la música ligera o de los musicales, pero sé el poder que ejerce en mí. Colocado en el momento justo, cambiando acordes para progresar y llegar a explotar donde el compositor crea conveniente.

El puente se puede dejar colgado (más similitudes con el físico), para cerrar y llegar a una parte preciosa donde percibiremos toda la magnitud de esa unión. ¿Me siguen? El puente puede ser enorme, majestuoso, casi tan grande como el estribillo que se suele creer es la parte más bonita de una composición. En el pop seguro, en el soul y en el rock de factura más clásica también. Los hay ruidosos, con piano, recitados, complicados, instrumentales. Todos nos llevan a buen puerto. No importa su desmesurada altura, nos llevan al otro lado. Una vez conté a los *Pet Shop Boys* la sensación que me producía el puente de su *Before*. Movían la cabeza afirmativamente, sabían de lo que les hablaba, por algo son maestros.

serviciopropaganda@miquipuig.com